

LOUIS LAVELLE

Decía Lavelle, refiriéndose a Bergson, que la muerte de un pensador no puede ser honrada sino por un culto espiritual, secreto, pues al borrarse su vida "no queda de él sino una fuente pura en la que no se deja de beber". Palabras éstas que podrían aplicársele al mismo Lavelle, ya que su filosofía nos muestra un mundo luminoso, donde las cosas y la vida, merced a la transparencia que el espíritu les otorga, adquieren una particular dignidad.

Louis Lavelle nació el 15 de julio de 1883 en Saint-Martin-de-Villereal (Lot-et-Garonne) y murió el 1º de septiembre de 1951. Fué profesor en los Liceos Concorcet, Louis-le-Grand y Henri-IV, posteriormente, encargado de enseñanza en la Sorbonne (1932-1934); Inspector General de la Instrucción Pública (1940) y profesor en el Collège de France (1941). Desde 1930 a 1940 estuvo a cargo de la crónica filosófica del diario *Le Temps*. En el año 1934 fundó, con René Le Senne, la colección *Philosophie de l'Esprit*, destinada a favorecer en Francia una renovación del pensamiento metafísico; dirigió además, en las Presses Universitaires de France, la colección *Logos*, formada por tratados que abordan las diversas disciplinas filosóficas. Su obra puede ser dividida en obras filosóficas: *La Dialectique du Monde sensible*, *La Perception visuelle de la Profondeur*, *La Présence totale*, *L'Introduction a l'Ontologie*, *La Dialectique de l'Eternel Présent* (I. De l'Etre; II. De l'Acte; III. Du Temps et de l'Eternité; IV. De l'Áme Humaine), *Traité des Valeurs*; obras morales: *La Conscience de Soi*, *L'Erreur de Narcisse*, *Le Mal et la Souffrance*, *La Parole et l'Ecriture*, *Les Puissances du Moi* y en crónicas filosóficas: *Le Moi et son Destin*, *La Philosophie française entre les deux guerres*.

La Filosofía de Lavelle parte de una experiencia vivida en la infancia, siendo toda su obra una tentativa destinada a profundizar y hacer explícita esa intuición primaria y fundamental: "antes que la palabra Filosofía tuviese un sentido para nosotros, podemos evocar dos emociones de nuestra infancia que no han cesado de acompañar la conciencia misma de la vida, y de las que ninguna otra ha empañado la frescura: la primera, extraída del descubrimiento de aquel milagro permanente de la iniciativa por la cual yo puedo introducir algún nuevo cambio en el mundo, por ejemplo, mover el dedo meñique, cuyo misterio reside, antes que en el movimiento, que yo produzco, en ese *fiat* interior que me permite producirlo, y la segunda, del descubrimiento de esta presencia siempre actual de la que yo jamás puedo evadirme". Y esta doble intuición de las potencias del yo y de la presencia total le lleva a aprehender la noción del ser para mostrar que allí reside la génesis concreta de la existencia. Para realizar esta tarea, debemos apoyarnos en el ser del cual tenemos la experiencia más inmediata: nuestra conciencia.

En efecto, el punto del cual parece irradiar toda nuestra vida interior es el yo. Este yo no se coge sino en la humildad, porque es preciso no confundirlo con la afirmación de sí que caracteriza a las personalidades fuertes y a los orgullosos. Se trata de algo infinitamente más puro y más simple: de ese *cogito* que subsiste, por atenuado que esté, detrás de cada una de nuestras vivencias. Pero éste es un punto tan tenue, a la vez que tan agudo, que desaparece en el momento en que tratamos de captarlo para gozar de su esencia. Tal fué el error de Narciso, enamorado de sí mismo y en-

tregado a la amorosa delectación de su yo. Pues la toma de conciencia del yo es inseparable de la toma de conciencia del mundo: yo y mundo se suponen recíprocamente. De esta manera, el mundo es la patria del yo y no un lugar de exilio donde algún naufragio metafísico le hubiese arrojado. Este yo posee, además, la posibilidad siempre renovada de introducir algún cambio en el mundo porque en el corazón de las cosas, como de nosotros mismos, hay una contingencia, una espontaneidad radical. El yo es libre. El ejercicio de la libertad requiere de la existencia del espacio y del tiempo. Del espacio, porque ofrece un haz de posibilidades entre las cuales el yo puede operar su elección, y del tiempo, para que esta elección pueda renovarse contantemente. Pero nosotros no estamos en el tiempo, es el tiempo el que está en nosotros. Se representa tradicionalmente el tiempo bajo la forma de una recta infinita en la cual se destaca un punto: el presente. Más acá del presente se encuentra el pasado; más allá, el porvenir. Y el presente es algo tan tenue que su existencia parece insignificante en la inmensidad del tiempo. La Filosofía de Lavelle rechaza esta concepción del sentido común; para él sólo existe el presente. Vivimos en el presente y nos es imposible evadirnos de él. En el centro de su metafísica, yace una intuición del *eterno presente*. Pero este presente no es inmóvil, se renueva constantemente. ¿Qué es, entonces, el pasado? No es sino la proyección sobre esa línea ideal de estados que pueblan el presente. El pasado no tiene esa consistencia, ese carácter irrevocable, que nosotros le atribuimos. Y el porvenir no tiene más consistencia que el pasado. Es una proyección hacia el después, como el pasado lo es hacia el antes. Fluctuando entre la nostalgia y la aspiración, el ser aprehende, en la doble experiencia del pasado y del futuro, la realidad del tiempo. Pero cuando logra superar esa dualidad que lo escinde, descubre en sí mismo la presencia total, accediendo entonces, en el seno de lo temporal, a la eternidad. Y esto proviene de la certidumbre que se tiene de encontrar la paz en el contacto con el ser, pues éste no es una realidad vacía, estática, sino un dato concreto, el más concreto de todos.

Pero una Filosofía como la de Lavelle, que se apoya sobre el testimonio de la conciencia, no puede ser verificada sino por una labor interior, pues la tarea del filósofo no es la de enseñar, sino la de ser, como Sócrates, un partero de espíritus, un revelador de las propias riquezas de cada uno.

RIGOBERTO DÍAZ GRONOW